

□ Tiempo de lectura: 8 min.

Malta, tierra bendecida por el apóstol Pablo, es una isla situada en el corazón del Mar Mediterráneo, entre Europa y el Norte de África. A lo largo de los siglos ha acogido la influencia de numerosas culturas, lo que ha enriquecido su encanto. Este pequeño Estado, uno de los más densamente poblados del mundo, alberga a los Salesianos de Don Bosco desde 1903, comprometidos con pasión en la educación de los jóvenes. Hemos entrevistado a don Eric, nombrado recientemente al frente de la comunidad salesiana maltesa.

¿Puedes presentarte?

Me llamo don Eric Cachia, nací el 4 de agosto de 1976 en Malta. Soy el primogénito de tres hijos: tengo dos hermanas menores que yo y dos adorables sobrinitas. Asistí a la escuela infantil en la escuela estatal de mi pueblo, Ħaż-Żebbuġ, durante seis años. Durante el último año, era necesario presentar un examen para acceder a la escuela deseada. Soñaba con entrar en el seminario menor, pero para hacer feliz a mi madre, también presenté el examen para el liceo estatal y otro para el Savio College, la escuela salesiana, de la que entonces no sabía casi nada y que inicialmente no deseaba asistir. Enfrenté ese examen de mala gana, pero los designios de Dios quisieron que fuera admitido por los Salesianos.

Después de siete años de estudio, obtuve el diploma de madurez y comencé el Noviciado en Lanuvio, cerca de Roma, emitiendo los primeros votos religiosos en manos del recién elegido Rector Mayor, don Juan E. Vecchi, en el Sagrado Corazón de Roma. Era el más joven del grupo: solo tenía 19 años. Al regresar a Malta, obtuve un Bachillerato en Filosofía y Sociología y posteriormente realicé dos años de prácticas como responsable del Oratorio en Tas-Sliema.

Para los estudios teológicos me trasladé a Roma, asistiendo a la Universidad Pontificia Salesiana (UPS) y viviendo en la comunidad del Gerini. Fui ordenado diácono en 2004 y continué mi formación en Dublín, Irlanda, obteniendo un Máster en Desarrollo Holístico en Ministerio Pastoral Familiar. Al regresar a Malta, el 21 de julio de 2005, junto a otros nueve religiosos y diocesanos, fui ordenado sacerdote.

Mi primera obediencia fue la de responsable del Oratorio en Tas-Sliema y de economo de la comunidad. Después de unos meses, fui nombrado delegado para la Pastoral Juvenil en el Consejo de la Delegación de Malta. Ocupé este cargo durante

un año antes de ser nombrado economo de la Delegación, rol que desempeñé durante 10 años y, posteriormente, durante otros 6 años cuando, en 2018, Malta se convirtió en una Visitatoria.

Mientras tanto, también ocupé otros cargos: director del Savio College, acompañante en la formación del post-noviciado de Malta durante seis años y, durante cuatro años, asistente coordinador de la Asociación de Escuelas Católicas en Malta. Para responder a las necesidades pastorales, obtuve un Máster en Psicoterapia Sistémica y de la Familia y fui elegido secretario del Comité de la Asociación Nacional de Psicoterapia en Malta. En 2017 me convertí en director del St. Patrick's, una realidad que incluye una escuela, un internado y una iglesia pública, además del rol de director de la escuela. Finalmente, en diciembre de 2023 fui nombrado Inspector, cargo que asumiré a partir de julio de 2024.

¿Qué soñabas de pequeño?

A los 7 años me convertí en monaguillo y aún hoy no puedo explicar la experiencia vivida durante mi primera Misa como ministro. Sentí una presencia de amor en el corazón que me invitaba a ser sacerdote. Ya en casa jugaba a “hacer de sacerdote” y, en la escuela, a pesar de las tensiones entre la Iglesia y el Estado de la época, a menudo debatía sobre temas religiosos.

El deseo de ser sacerdote incluía el de dar voz a quienes no la tenían. Me gustaba escribir historias, hablar en público y organizar eventos. A solo 14 años, por ejemplo, ya organizaba paseos para los monaguillos.

¿Cuál es la historia de tu vocación?

Mi vocación nació del encuentro con varios sacerdotes que consideraba modelos de vida. Sin embargo, fue en la escuela salesiana donde encontré nueva energía: allí descubrí talentos ocultos y viví experiencias que me hicieron sentir parte de una gran familia. En ese contexto alegre y estimulante, el Señor habló a mi corazón.

En el último año escolar, comprendí que mi camino sería el salesiano. Después de un año de discernimiento y diálogo con mi familia y un sacerdote, encontré paz en decidir: “Me ofrezco por los chicos del futuro. Seré salesiano para llevar adelante lo que he recibido”.

Una anécdota curiosa me la contó mi abuela paterna cuando ya estaba próximo al diaconado. Mi padre era uno de los 18 hijos de una familia numerosa y modesta. Un

salesiano inglés, don Patrick McLoughlin, conocido por su fama de santidad, solía, después de la misa, pasar por las hermanas para llevar una porción de pastel a la abuela. Por la noche, regresaba con comidas sobrantes para ayudar a alimentar a la familia en dificultades. Un día, la abuela le preguntó: “¿Cómo puedo recompensar tanta amabilidad y providencia?”. Él respondió: “Tú solo reza: quizás uno de tus hijos se convierta en salesiano”. Entre 51 primos, fui el primero –y uno de los dos– en elegir la vida religiosa... y salesiana.

¿Cómo reaccionó tu familia?

Mi familia siempre ha sido de gran apoyo. Mis padres nunca impusieron sus ideas, pero siempre trataron de apoyar mis decisiones. Mi padre era albañil y mi madre ama de casa. La sencillez y la unión familiar eran entre los valores más fuertes que nos caracterizaban. Se hacían sacrificios que solo de adulto comprendí como expresión de un amor vivido de manera concreta. No fue fácil dejar el país y comenzar mi camino a los 18 años, pero hoy mis padres están orgullosos y, de alguna manera, ellos también forman parte de la Familia Salesiana. Desde hace más de 30 años preparan comidas para los chicos durante los campamentos de verano. ¡Quién sabe cuántas veces mi padre, a pesar de haber permanecido analfabeto, ha hablado con la sabiduría del corazón a algún joven o padre! Y cuántas veces han enviado folletos a nivel inspectorial para apoyar nuestras obras salesianas.

La alegría más bella y el esfuerzo más grande

Hay muchas alegrías que se guardan en el corazón, pero una de las más grandes es cuando encuentro a un exalumno y me dice: “En ti he encontrado al padre que nunca tuve”. Vivir en plenitud la propia vocación también significa ofrecer lo que podría haber sido igualmente hermoso, como construir una familia. Esto implica, a veces, tener que sufrir en silencio por esta elección ofrecida. El esfuerzo más grande, en cambio, es ver a los niños que sufren a causa de guerras, violencias y abusos... verlos privados de la capacidad de soñar un mundo lleno de esperanza y posibilidades. También es difícil mantener la credibilidad y el optimismo en un contexto de feroz secularismo que a menudo consume las energías y trata de apagar el entusiasmo.

Las necesidades locales y de los jóvenes

Malta vive una realidad muy particular. Culturalmente sigue siendo profundamente católica, pero en la práctica cotidiana no lo es tanto. En los últimos años, decisiones políticas orientadas principalmente al fortalecimiento de la economía han generado

una profunda crisis dentro de las familias. Muchos jóvenes crecen marcados por la falta de figuras de referencia y de modelos que los acompañen con amor. Faltan puntos estables de orientación, y al mismo tiempo, muchos jóvenes están en busca de un nuevo significado para su vida. La fe, cada vez más relegada a la esfera privada, puede, sin embargo, despertar interés cuando logra hablar un lenguaje que desafía e invita a aspirar a lo alto. En estos casos, los jóvenes están felices de unirse para vivir experiencias que piden ser acompañados. Alrededor del 20% de la población, ya no es maltesa. La economía, que ha atraído personas de todo el mundo, está transformando el rostro de la isla. Muchos jóvenes no malteses se sienten solos, mientras que otros comienzan o retoman un camino de fe. Se trata de nuevas fronteras y formas emergentes de pobreza, marcadas por desafíos psicoafectivos y problemas de salud mental. Estas situaciones ponen de manifiesto la urgencia de abordar el aislamiento, la precariedad y las carencias relacionales que caracterizan esta compleja realidad.

Los grandes desafíos de la evangelización

Todo puede resumirse en una palabra: credibilidad. Los jóvenes, hoy más que nunca, no necesitan simples transmisores de contenidos, sino personas con corazones auténticos y oídos capaces de escuchar el latido de corazones en busca de un sentido para su vida. Necesitan educadores que sepan crear procesos, acompañantes que no teman mostrar su fragilidad y sus límites, pero que sean guías auténticas. Guías que propongan lo que ellos mismos han vivido: el encuentro con Jesús como meta y llamada para cada persona. Una guía que conduzca a redescubrirse parte de una Iglesia en camino hacia las periferias, lista para abrazar y curar las heridas, incluso antes de indicar lo que se debe hacer. El verdadero desafío, al menos para Europa, es encontrar jóvenes que tengan el coraje de apostar su vida en Jesús. Como se destacó durante el Sínodo, algunas estructuras, contextos y lenguajes de la Iglesia ya no son incisivos. A esto se suma una Iglesia que, en algunos casos, parece cansada y distraída, demasiado concentrada en la auto-preservación. Esta situación también refleja la de las familias, que deben ser reubicadas en el centro de las prioridades en cada nación: son el futuro del Estado y de la Iglesia. Por eso, los ambientes salesianos, con su humanismo que valora lo bello presente en cada persona, deben proponerse no solo como respuestas inmediatas, sino también como modelos para otros grupos y realidades. Quizás solo hoy comprendemos que la alegría y la esperanza de don Bosco van mucho más allá de simples emociones: son los cimientos sobre los que construir el relanzamiento de una humanidad renovada y redimida por Cristo.

¿Cómo ves el futuro?

Miro al futuro con esperanza. El presente que vivimos, según yo, está marcado por numerosas crisis en varios frentes: diría que no podría ir peor que esto. Así que es un período de renovación; nos confiamos a Cristo en este tiempo de purificación y transformación. Sí, hay desafíos que seguramente moldearán el futuro.

¿Qué lugar ocupa María Auxiliadora en tu vida?

De niño, rezábamos diariamente el Rosario en familia. Sin embargo, para mí, era quizás solo una práctica de piedad popular. Con el tiempo, especialmente durante los años como Salesiano, pude darme cuenta de cuánto esta madre celestial me está cerca. Recuerdo numerosos momentos en los que, atrapado por las dificultades prácticas y las preocupaciones relacionadas con la pastoral, estaba a punto de rendirme. Pero Ella siempre intervenía en el momento justo. Cada día me doy cuenta de cómo realmente “ha sido Ella quien ha hecho todo”. Nutro un profundo afecto por la bendición de María Auxiliadora. Cada mañana confío a Ella a todos los jóvenes y laicos colaboradores, pero en particular a aquellos que se encuentran en las periferias de la sociedad. Hace un año, con ocasión de la fiesta de la Virgen de Guadalupe, compartí en las redes sociales una frase que María le dijo a Juan Diego: “No temas nada. ¿No soy yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y protección? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el pliegue de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Necesitas algo más? No dejes que nada más te preocupe o te turbe”. Dos horas después, recibí la llamada del Rector Mayor y la solicitud de aceptar o no el nombramiento como Inspector.

¿Qué les dirías a los jóvenes?

¡Que no se rindan! Retomaría las palabras del Papa Francisco dirigidas a los jóvenes en abril de 2024: “Levantarse para estar de pie frente a la vida, no sentados en el sofá. Hay diferentes sofás que nos atraen y no nos permiten levantarnos.” Si tan solo los jóvenes comprendieran que son la esperanza de hoy y de mañana, que son como semillas delicadas y frágiles, pero al mismo tiempo ricas en infinitas posibilidades. Los exhortaría a desafiar a Cristo, pero también a permitir que Cristo los desafíe: solo así se comprende que con Él se construye una relación íntima con un Dios vivo, no con una imagen moldeada por miedos o ansiedades. Desafiaría a esos jóvenes que ya han tenido experiencia de Don Bosco: es extraordinario lanzarse en el Corazón de Cristo, donando su vida por los jóvenes que vendrán. “¿A quién enviaré?”, preguntó Cristo a sus discípulos. Ojalá muchos otros tuvieran la misma determinación: “¡Envíame a mí!”

*don Eric CACHIA, sdb
superior de Malta*